

*multiplicamini*¹. Y por este estilo, otros desatinos semejantes; tales son los corolarios de la teoría del goce, como fin de la vida. ¿Qué os parece de tales opiniones prácticamente seguidas en el mundo? ¿Adónde iría á parar la sociedad humana si la Iglesia con su predicación continua no tratase de oponer una fuerte valla á la inmoralidad? ¿Qué censura tan severa no merecen esos perversos dictámenes que se propalan hoy impunemente en todas partes? Con razón exclamaba el Salvador: «¡Ay del mundo por los escándalos!» — *Væ mundo a scandalis*². Y pasemos adelante.

II.

6. Consecuencia natural del falso juicio sobre la felicidad del hombre en esta vida, es el segundo dictamen del mundo, favorable á la concupiscencia de los ojos. Para gozar de los placeres es preciso tener dinero en abundancia, porque el placer se vende caro: el pobre no puede gozar, su suerte le condena á duras privaciones. Por consiguiente es preciso hacer fortuna. No hay que buscar más que el oro: el oro es todo en este mundo. El becerro de oro recibe hoy la adoración universal: no hay quien no doble la rodilla delante de ese ídolo tan querido. ¡Ah! ¡quién fuera rico! ¡quién tuviera bastante oro para gastar en abundancia! Ése es el grito que se escapa de millones de almas sedientas de bienes temporales. Amar las riquezas es lo que el mundo les enseña, es lo que prácticamente aprenden desde la infancia en la vida moderna. Si se estudia, si se trabaja, si se vive, es con el único fin de adquirir dinero y adquirirlo sin tasa. Hay verdadera fiebre de enriquecerse. La codicia de los hijos del siglo nunca dice: ¡Basta! Siempre más y más. Puesto que en la riqueza consiste la felicidad, es claro que cuanto más rico, más feliz. ¡Bienaventurados los ricos! ¡desventurados los pobres!

¹ Gen. 1, 22.² Matth. 18, 7.

Con el dinero no sólo se disfruta de todo lo que hay de más apetecible en el mundo, sino que se adquiere la estimación y el aprecio de la sociedad. Y ¡de qué sociedad! De la que se llama culta, elevada, aristocrática. El que nació plebeyo se hace noble en llegando á ser capitalista: el ignorante es tenido por sabio si ha sabido adquirir una brillante fortuna. El rico se convierte en magnate, en árbitro de millares de voluntades que se mueven á su antojo. Manda, y es obedecido, porque, como decía el otro poeta: el dinero es el más poderoso caballero. Sin él nada valen el talento, la sabiduría, la virtud. ¡Qué de bajezas no se ocultan bajo el manto de la opulencia! Al rico todo le es permitido, todo le es lícito, porque nadie se atreve á encararse con él, ni siquiera para defender el derecho atropellado ó el honor mancillado, porque sábase muy bien que de parte de aquél ha de estar siempre la justicia en esta vida, reservándose para la otra el fallo de la justicia inexorable. Si el rico muere, porque sólo la muerte no respeta los millones, la adulación se encarga de hacerle el panegírico, y la prensa enluta sus columnas para manifestar el duelo que le causa la desaparición de un personaje tan importante en la esfera social, aunque nada acredite la importancia verdadera del ídolo caído. Valiendo, pues, tanto la riqueza, ¿qué extraño es que se la adore en el mundo?

7. Y ¿cuáles han de ser las consecuencias de este modo de juzgar de la inmensa mayoría de los hombres? Pues fácilmente se comprenden: que es preciso enriquecerse á cualquier precio, aunque sea á precio de la virtud y la honradez, con tal de que ésta se salve en apariencia. Urge ser rico á todo trance, sacrificándolo todo, hasta la vida y la conciencia. En los negocios no hay que mirar á la justicia sino á la utilidad. Sacar la mayor ventaja posible, de qualquier modo que sea, con tal que se guarden las formas de la legalidad, no sea que la marcha del negocio se entorpezca, eso es todo lo que hay que ver y procurar,

aunque sea menester estrangular al prójimo ó arruinar á cien familias. ¿Qué digo? aunque fuese menester vender la patria. ¿No se han visto en la escena del mundo tantos Judas? ¿Se nos tachará de exagerados, cuando se tienen á la vista tantos procesos seguidos ante los tribunales de justicia ó de la opinión pública por causa de negocios fraudulentos, de especulaciones en grande escala, de estafas colosales? ¿No se recuerdan los grandes y pequeños *panamismos*? Y ¿qué decir de la usura que devora tantas víctimas? ¿qué de las fortunas mal adquiridas? ¿qué de las falsificaciones de moneda y del comercio de artículos adulterados? Consecuencia necesaria de estas máximas mundanas sobre el valor de la riqueza con relación á la felicidad, tienen que ser los crímenes, más ó menos ruidosos, que á diario se registran en revistas y periódicos, latrocinios, hurtos, asaltos á la propiedad, asesinatos y suicidios. ¿Qué moralidad puede subsistir con semejantes máximas? ¿ni qué seguridad individual ó social? ¿Qué derecho puede considerarse inviolable si prevalecen tan extraviados dictámenes? De allí nace el profundo malestar que experimenta hoy día la sociedad desquiciada en sus fundamentos, que son los sanos principios morales; de allí la desconfianza mutua hasta para emprender negocios económicos que serían de utilidad pública y privada si estuviesen cimentados en la buena fe de los contratantes; de allí, en fin, la falta de donaciones cuantiosas como las que la generosidad de nuestros mayores solía hacer en beneficio de las clases pobres, para fundarles asilos, casas de beneficencia, manicomios y hospitales. ¿Por qué son tan raras en nuestros días esas hermosas fundaciones? La razón es muy sencilla: porque los grandes millonarios no quieren desprenderse de una parte, aun mínima de sus caudales, lo que para ellos sería deshacerse de un elemento de felicidad, porque en su tesoro está su corazón¹;

¹ Matth. 6, 21.

y cuando la muerte llega á despojarlos de toda su fortuna, obligándolos á dejarla en testamento, no se atreven tampoco á privar de un átomo de felicidad á sus herederos naturales, y se la transmiten íntegra sin tener cuenta ninguna con los pobres, ni siquiera con su pobre alma. Les parece que sería atentar contra la felicidad de sus hijos disminuirles un tanto los millones que les dejan en herencia para que sigan ostentando y derrochando en grande, como lo hizo su padre afortunado. No saben que «el corazón duro lo pasará mal en el último día»¹. Para ellos no existe la obligación natural de la limosna. Para ellos no es parte de la felicidad recibir las bendiciones del pobre socorrido.

8. No sería necesario, para condenar ese falso juicio del mundo, ponerlo en paralelo ó en contraste con las máximas de Jesucristo, nuestro divino Maestro, bastando exhibirlo tal cual es para que se conozca y deteste su monstruosidad. Sin embargo, como el espíritu mundano se insinúa tan arteramente en el corazón del hombre, disfrazándose de prudente, justo y razonable, hasta en sus más locas apreciaciones, bueno es, carísimos hermanos, recordar y traer á la consideración la doctrina de Cristo acerca de la riqueza y sus peligros. Asalta á nuestra mente aquella terrible imprecación lanzada contra los ricos que ponen su felicidad en sus tesoros: *Vae vobis divitibus, quia habetis consolationem vestram!* — «¡Ay de vosotros los ricos, porque ponéis vuestra satisfacción en las riquezas! ¡Ay de vosotros los que estáis hartos y reís ahora, porque algún día tendréis hambre, gemiréis y lloraréis!»² ¿De qué sirve, pues, una felicidad tan pasajera que luego ha de tornarse en llanto y miseria? Y ¿no enseñó expresamente el Salvador que no estaba la vida, el ser dichoso, en tener abundancia de los bienes temporales, y que, por lo tanto, debía el hombre guardarse de toda avaricia?³ Y para demostrarlo con un

¹ Eccli. 3, 27.

² Luc. 6, 24, 25.

³ Ibid. 12, 15.

ejemplo aterrador les pintó á sus discípulos aquella semejanza ó parábola del rico propietario que, viendo con delicia la exorbitante cosecha de los frutos de sus campos, hablaba consigo mismo de esta suerte: «¡Alma mía! muchos bienes tienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, regálate. Y díjole Dios en aquel mismo instante: ¡Necio! esta noche se te pedirá la vida: y los bienes que preparaste, ¿de quién serán? Ésta es la suerte», concluía el Salvador, «del hombre que atesora para sí y no es rico para con Dios.»¹ ¿De qué le sirven, pues, sus vastas posesiones? De donde deduce Jesucristo que no sólo no debe anhelarse por la riqueza, pero ni siquiera debe emplearse demasiada solicitud por buscar el alimento y el vestido necesarios para sustentar la vida, dejando el cuidado de proveer á nuestras necesidades á Aquel «que alimenta á las aves del cielo y viste á los lirios del campo»². Y ¿qué diremos, hermanos carísimos, de aquella espantosa sentencia pronunciada por la Verdad eterna á propósito del rico que se entristeció al oír á Jesús que le aconsejaba desasirse de todos los bienes si quería tener un tesoro en el cielo? «¡Qué difícilmente» dijo, «entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que el rico en el reino de Dios.»³ Á cuya voz espantados los que oían, dijeron: «Entonces ¿quién puede salvarse?» Y Jesús, afirmando tácitamente que eso era imposible, añadió: «Lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios.»⁴ Y ¿os parece posible ser feliz en medio del peligro de condenación eterna? ¿Qué clase de felicidad es dormir al borde de un abismo? ¿Á qué debemos, pues, atenernos? ¿á las máximas de Cristo ó á los vanos dictámenes del mundo? Y siguiendo éstos y contradiciendo aquéllos ¿podremos apellidarnos cristianos? Juzgado y resuelto.

¹ Luc. 12, 21.² Ibid. 12, 22 et seqq.³ Ibid. 18, 24. 25.⁴ Ibid. 18, 27.

III.

9. Tan falsos como los que dejamos expuestos, son los juicios del mundo acerca de los honores y vanidades de la vida humana. ¡Qué lejos está el mundo de confesar como aquel gran rey desengañado: «¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad y aficción de espíritu!»¹ Por el contrario, nada cree de más valía que los altos puestos, las que llaman grandezas de la tierra, el renombre, el aplauso universal. Nada cree que debe estimarse ni ambicionarse tanto como la gloria, ni hay cosa por la que deba el hombre trabajar ni desvirarse tanto como por conseguir estas palmas y laureles y llegar á ser grande en la opinión de la sociedad. Ésta es la suma felicidad de la vida que pocos, muy pocos alcanzan, porque son muy pocos efectivamente los dichosos, pero á que todos tienen el derecho de aspirar. Está el mundo locamente apasionado por la gloria, diríase mejor, por la vanagloria, porque no es otra cosa ese fantasma que el mundo persigue con afanes inauditos. De la gloria verdadera, de la que descansa sobre el cimiento de la virtud, del mérito ante Dios y la conciencia, poco ó nada se cuida, porque ni es capaz de apreciarla, ni halaga su concupiscencia. ¡Cuántas veces habréis oído decir, si es que vosotros mismos no lo habéis dicho, á lo menos en vuestro corazón: «Es preciso tener aspiraciones . . ., figurar en la sociedad, sobresalir, sobreponerse á los demás en la escuela, en el taller, en el comercio, en todas partes, aplastar al émulo, humillar al competidor. . . . No hay que dejarse pisotear de nadie, y menos de los que están arriba; es preciso hacerse respetar de todos, porque todos somos iguales, todos valemos lo mismo. . . .» Y estos sentimientos se tienen por nobles, por legítimos, y en ellos se cifra la generosidad y alteza de carácter, confundiendo con el

¹ Eccle. 1, 2.

orgullo la verdadera dignidad humana, la nobleza verdadera que consiste en la virtud. ¡Cuántos de esos seres que se expresan con esa arrogancia y altivez, no son en el fondo sino pobres y menguados pecadores, que si se les conociese, atraerían sobre sí el desprecio general! Y no obstante, yerguen la cabeza y reclaman las consideraciones y respetos á que sólo tienen derecho las personas virtuosas. ¿Puede darse mayor vanidad? Con razón decía el inspirado Profeta: «Yo dije en el arrobamiento de mi espíritu: Todo hombre es mentiroso»¹, porque, en efecto, el mundo es todo él una mentira, una sombra engañosa y pasajera, como dijo el Apóstol: *Præterit figura huius mundi*².

10. ¿Qué diremos de otros juicios no menos corrientes, ni menos errados, como nacidos de la misma venenosa raíz, la soberbia de la vida? Tales son, entre otros, los caprichos y exigencias de la moda respecto al bien parecer en sociedad, las leyes convencionales de la etiqueta, las llamadas *conveniencias* sociales, las imposiciones del buen tono. ¡Qué tiranía de una parte! ¡cuánta esclavitud y necesidad de la otra! Pues y el abominable *respeto humano* espantajo mortal de tantas almas cobardes, ¿qué es sino un tributo injustamente pagado á la soberbia? ¿qué, sino la sujeción, no humilde sino baja, á ciertos juicios vanísimos y absurdos que se forja el mundo, indiferente é impío, acerca de la piedad cristiana, de la virtud y religión? ¿Qué son esos juicios sino burlas que hacen los mundanos de aquello que todo hombre razonable y cuerdo debiera respetar? Y sin embargo, esos juicios despreciables á los ojos de la razón y de la fe, se tienen como oráculos que intimidan á millares de personas, esclavas voluntarias del famoso *¿qué dirán?* Aquí diremos con el Sabio: *Et hoc vanitas est* — «¡También esto es vanidad!» y algo más todavía: *Et magnum malum* — «Y un mal grande»³; y añade:

¹ Ps. 115, 11.² 1 Cor. 7, 31.³ Eccles. 2, 21.

Et præsumptio spiritus — «Y presunción de espíritu.»¹ En una palabra: *Cuncta subiacent vanitati* — «Todo en el mundo está sometido á la vanidad.»² Pero llegará la hora del juicio, hermanos carísimos, y entonces empezará á brillar la verdad con sus nativos fulgores, y se desvanecerán estos juicios del mundo, quedando en pie para servir de norma de verdad eterna, los dictámenes de la razón cristiana, esto es, las máximas de Jesucristo, Juez de vivos y muertos³, de justos y pecadores. Á ese juicio debemos atenernos, porque de él solo dependerá nuestro eterno porvenir, la dicha verdadera que consiste en la salvación. Sigamos el consejo del Profeta: «Si de veras queréis andar por el camino de lo justo, juzgad rectamente, hijos de los hombres»⁴; juzgad, no como juzga el mundo vano, enemigo de Jesucristo y contrario á su espíritu, sino como juzga el que es la verdad misma y os ha de juzgar. El evangelista San Juan, al terminar su narración de los hechos de Jesucristo, asegura á los fieles que es verdad cuanto ha escrito en su Evangelio: *Et verum est testimonium eius*⁵. Así la Iglesia, al enseñarnos lo que juzga Jesucristo acerca de los placeres, las riquezas y los honores del mundo, nos garantiza la verdad de sus divinas enseñanzas. El mundo yerra, la Iglesia de Cristo es infalible.

¹ Eccles. 6, 9.² Ibid. 3, 19.³ Act. 10, 42.⁴ Ps. 57, 2.⁵ Io. 21, 24.